

OLIVIA ZEITLINE

He
soñado
que
bailaba
descalza



OLIVIA ZEITLINE

He soñado que bailaba descalza

Traducción de
Palmira Feixas

Grijalbo narrativa

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Todas las mañanas Charlotte llega a la misma hora. El ambiente del vestíbulo es aséptico. Sus tacones resuenan en el suelo recién fregado. El olor de los productos de limpieza todavía flota en el aire. Como todas las mañanas, han limpiado de madrugada, antes de que lleguen los empleados. Todo debe estar pulcro, todo debe relucir. Es fundamental inspirar confianza. Con un trapo, han sacado brillo a las pantallas de los ordenadores y han limpiado las torres con detergente. Las paredes de su despacho son tan blancas que, al entrar, por un instante la ciegan. Como todas las mañanas, se sienta en su silla de plexiglás. A su alrededor, todo está en orden: ni un papel fuera de sitio, ni un solo objeto personal; los empleados tienen órdenes de no dejar nada encima de las mesas lacadas. El incesante ruido del tráfico le recuerda que la oficina se encuentra muy cerca del bulevar periférico. Charlotte, que es jefa de proyecto junior, debe conformarse con un despacho que da al norte. Un espacio pequeño, oscuro, de techo bajo. El director de marketing entra sin llamar a la puerta; no se molesta en darle los buenos días.

—¿Tienes el dossier preparado? El cliente ya está abajo. Ha llegado antes de la hora.

—Buenos días, Julien. Sí, sí, todo está preparado.

—Déjalo en mi mesa y ven a la sala de reuniones a y media.

Las páginas del dossier están desordenadas. Todo se entremezcla en la cabeza de Charlotte. Lleva cuarenta y ocho horas vomitando tablas de Excel. De hecho, está mareada. Va volando al servicio. Ya no puede soportarlo más, pero no se va a derrumbar. Lo conseguirá, es fuerte, siempre ha sabido sobreponerse a cualquier circunstancia. Se lo repite frente al espejo del lavabo. Charlotte siempre ha querido tenerlo todo controlado. A pesar de su angustia y de sus sudores fríos, jamás muestra su malestar. Siempre lo hace lo mejor posible, para ganarse mejor la vida, para disfrutar de una mayor seguridad. Una presión permanente en esa mecánica social bien engrasada hecha de sonrisas falsas, vasitos de plástico de café frío, compras en el súper y bolsos de piel rebajados. Desde hace algunos meses la memoria le juega malas pasadas. No logra concentrarse y a veces no entiende lo que le dicen sus colegas. Entonces finge. Asiente con la cabeza sin decir palabra. Empieza a tener miedo de sí misma, miedo de esa sombra que rechaza pero que al mismo tiempo la atrae. No puede arriesgarse a pedir ayuda. No está dispuesta a que le digan que no está bien. Tiene que aguantar. Algún día se encontrará mejor, algún día podrá descansar. La puerta de su despacho se abre de nuevo.

—Charlotte, ¿qué coño haces? ¡El dossier! ¿Has impreso los números, al menos?

Esta mañana, por primera vez, no consigue contenerse.

—Estoy harta de que entres en mi despacho sin llamar a

la puerta. Parece que lo hagas adrede. Pues sí, he impreso los números, está todo preparado. ¡Toma!

Con un gesto brusco, Charlotte entrega el dossier a su superior jerárquico.

Al cabo de unos minutos, se reúne con él en la sala de juntas. La tensión es palpable. Aunque ninguno de los dos exprese abiertamente su rencor hacia el otro, el silencio pesa como una losa. El cliente se agita en su silla mientras va dando golpecitos en el suelo con un pie. Su asistente hace rechinar la pluma sobre el bloc de notas. En la cabeza de Charlotte se amplifican todos los ruidos. Le toca hablar a ella. Intenta hablar fuerte, pero no entiende lo que dice, lo confunde todo. De repente deja de hablar. Se ha quedado en blanco, lo que tanto temía. Se hunde. Se pone blanca. Va a vomitar. Pierde el sentido. Quiere bailar un vals. Flota, mecida por el viento. Sus brazos se convierten en hojas que echan a volar; todo su cuerpo se vuelve una corriente de aire. Un soplo la arrastra suavemente, muy suavemente. Su cabeza gira sobre sus hombros mientras arquea la pelvis. El corazón se le acelera al ritmo de las pulsaciones de la tierra, como si se le derramara toda la sangre de las arterias. Charlotte se encuentra en la espesura de un bosque. Se pone a aullar como una loba hambrienta. Está descalza en el fango, pisoteando el suelo. Salpica la vegetación a su alrededor. En la planta de los pies le crecen unas raíces que la unen al centro de la tierra. De su cráneo surgen unos rayos luminosos que ascienden por el espacio. Está ligada al infinito, es una goma elástica fuera del tiempo, una onda en el país de los sueños. Baila en trance ante una multitud vociferante. Ya no oye nada, se ha entregado de lleno a su arte.

Todas las miradas convergen en ella. Se alza en el centro del escenario, en el centro de su vida. Los gritos del público se vuelven más intensos. Algunos espectadores intentan agarrarla. Ella se escapa con agilidad, se precipita a la velocidad de la luz. En una fracción de segundo se desploma. El choque es brutal. Sus senos y sus brazos se estrellan contra la pared de la sala, devolviéndola a la realidad. Está empapada en sudor. Ha bailado en la sala de juntas delante de todo el mundo. Para demostrar que maneja perfectamente la situación, el jefe de marketing le anuncia con frialdad:

—Charlotte, acabas de sufrir un colapso nervioso. Ya llega la ambulancia.

*Una frase de tono melódico,
como una cancioncilla.*

1

Son casi las seis. Sigue sin recibir ningún mensaje de Tom. Charlotte apaga el móvil. Debe mostrarse fuerte. Guarda el teléfono en el bolso y entra en el centro de danza, en la rue de Paradis. Se dirige a la sala Pina Bausch, donde da su clase de danza contemporánea. Jeanne, una vieja amiga de la escuela de comercio, la espera delante de la puerta doble.

—¿Estás sola? —le pregunta Charlotte.

—Eso parece, a menos que esta tarde hayan decidido cambiarte la sala.

—No, Michaël me habría avisado. Es esta, seguro. ¿Théa aún no ha llegado?

Jeanne intenta ocultar su incomodidad.

—Acabo de hablar con ella por teléfono. No puede venir a la clase. Le han retrasado el casting. Pero me ha dicho que se apunta luego al restaurante.

Charlotte le responde con una sonrisa crispada.

—Pues hoy vas a ser mi única alumna.

—No sufras, cielo, estamos en noviembre, es normal. A la gente no le apetece salir después del trabajo. Pero tu clase es genial. Me encanta. Si alguna semana me la pierdo, luego me siento mal.

—En la última clase solo había tres alumnos. Y hoy solo has venido tú. Es duro, pero intento no perder la confianza.

—Eres una profesora fabulosa, Charlotte, lo sabes.

Los numerosos alumnos de la clase anterior salen empapados en sudor. Al ver el grupo alejándose por el pasillo que lleva a los vestuarios, Charlotte siente una punzada en el pecho. «¿Por qué la clase de jazz atrae a más gente que la mía?» Entra en la sala, seguida por Jeanne. Desenrolla las colchonetas en el suelo para la relajación final. El aire apesta a sudor. Ha traído varitas de incienso, que enciende en las cuatro esquinas de la sala. Desde que sufrió aquel colapso nervioso, tres años atrás, Charlotte ha cambiado de vida. Borró el marketing de su memoria. Retomó lo que siempre la había hecho vibrar: la danza. Tras dejar el trabajo, reanudó los entrenamientos diarios y los cursillos. Descubrió el arte de la improvisación en los parques en verano. Se entregó a la danza en cuerpo y alma. Gracias a una psicóloga a quien acudió, se aferró a la danza contemporánea, pese a las críticas de su madre: «¿Y cómo te vas a ganar la vida?». Charlotte no piensa darse por vencida. No ha recorrido todo este camino en vano. Jamás volverá a depender del Lexomil. Jamás volverá atrás. Quiere vivir de su pasión, de sus clases.

Mientras pone en marcha la lista de reproducción de su tableta, conectada a los altavoces, una mujer joven entra precipitadamente.

—La clase de jazz es aquí, ¿verdad?

—Sí, pero era la anterior. La clase de ahora es de danza contemporánea —explica Jeanne—. Pruébala, es genial, ya lo verás.

La mujer se deja convencer.

Charlotte trata de espantar las ideas negativas. Tiene que

sobreponerse y dar lo mejor de sí misma, aunque solo sea para dos alumnas. Empieza la clase con una serie de calentamientos y de ejercicios de yoga antes de ponerse a bailar con música hip-hop. Invita a sus alumnas a tomar conciencia de su cuerpo por medio de unos juegos de mimo, y luego les pide que improvisen, que expresen su estado emocional. Termina la clase con una relajación con cantos tibetanos. Jeanne se ha dormido. La otra mujer está radiante, llena de energía. Le promete que regresará la semana siguiente. Antes de marcharse del centro, Charlotte va a ver a Michaël, el responsable. Le tiende los dos cupones de su clase.

—Hoy no has tenido mucha gente, Ricitos de Oro —constata Michaël desde detrás del mostrador.

—Ya, pero su clase es genial —replica Jeanne.

Michaël les ofrece una bebida *detox*: agua con limón y rodajas de pepino.

Charlotte hurga en su bolso en busca del talonario de cheques para pagar la sala.

—No te preocupes, por hoy está bien.

—¿Seguro?

—Estamos todos en el mismo barco, preciosa —dice Michaël con una sonrisa, guiñándole el ojo.

—Muchísimas gracias, Michaël. Eres un sol.

Una vez en la calle, Jeanne llama a su marido. Le pide que dé la cena a sus hijas. Por su parte, Charlotte enciende el móvil. Sigue sin recibir ningún mensaje de Tom. Ni uno solo. Y eso que le juró que daría señales de vida.

«Te prometo que te mandaré un montón de mensajes de amor.»

A Charlotte se le hace un nudo en el estómago.

—Ya está, Bernard se ocupa de las niñas. Ha refunfuñado un poco, pero se las arreglará. ¿Vamos?

Charlotte no se mueve. Está absorta en sus pensamientos.

—¿Qué te pasa? ¿Vienes? Théa ya debe de haber llegado.

Se encuentran con Théa en la puerta de Chez Jeannette. Lleva un abrigo largo y un vestido negro; las espera con un cigarrillo en la mano. De niña, Théa iba a clase de danza con Charlotte. Ahora es actriz.

El restaurante está abarrotado. Las chicas se abren camino a través del gentío apelotonado en la barra. Uno de los camareros reconoce a Charlotte. Le da dos besos.

—¿Todo bien? ¿Sois tres?

Coge una panera de hierro y las acompaña a una de las mesas del fondo. De las de formica roja. De las que tanto le gustan a Charlotte. Poco después les sirve tres mojitos. La abundante menta enmascara el sabor del ron. Charlotte no se acaba el suyo. Tom acapara todos sus pensamientos. No consigue participar en la conversación.

—¿Sabes qué? Me han dado unos días libres.

—¡Fantástico! Tus hijas se van a alegrar, Jeanne.

—¿Y tú qué tal? ¿Cómo te ha ido el casting? Cuéntanos. Les traen la comida. Charlotte apenas toca su plato. Hasta la ensalada vegetariana se le atraganta.

«Tom no me llama. Nunca cumple sus promesas.»

Théa se vuelve hacia Charlotte.

—¿Te pasa algo? No has comido nada.

Jeanne se apresura a contestar en su lugar.

—No había nadie en su clase de danza.

—¡Ah! ¿Por eso estás tan callada? ¿Te preocupa?

—Un poco... No sé cómo me las apañaré para pagar el alquiler de este mes. Ya no cobro el paro... Pero intento no perder los nervios; ya se arreglará.

—Tienes razón, Cha. Mi chamán maya siempre decía: «Todo ocurre en la cabeza». Si tienes fe, aparecerá una solución.

Jeanne encuentra la solución enseguida.

—Si estás con la soga al cuello por lo del piso, Charlotte, puedes contar con la *chambre de bonne* de casa. La *au pair* se marcha la semana que viene y la buhardilla quedará libre.

—Eres un amor, Jeanne. Muchas gracias, lo pensaré.

—Bueno, ¿pedimos postre? Hoy invito yo —propone Théa.

Charlotte pone la excusa de que necesita acostarse temprano. Ya no aguanta más. El silencio de Tom le duele demasiado. Se despide de sus amigas con el corazón en un puño.

En cuanto sale del restaurante, se abalanza de nuevo sobre el móvil. Ninguna llamada. Ningún mensaje.

«Pasa olímpicamente de mí.»

Va caminando hasta la parada del 31, llena de ira. Mientras se abren las puertas del autobús, una frase resuena en su cabeza, una frase de tono melódico, como una cancioncilla: «Hazte a la idea, porque mañana tu historia con Tom habrá acabado».

*No se puede encontrar el acorde
perfecto sin tocar notas falsas.*

2

El autobús está casi vacío. Charlotte no se sienta. Permanece de pie, en estado de choque. La frase que acaba de oír revolotea en bucle en su cabeza. No sabe qué le sucede. A su alrededor todo se tambalea. Se deja caer en un asiento, blanca como el papel. Coge el móvil. Con la mano temblorosa, escribe un mensaje a Stella.

Stella, necesita ver a Stella.

Por fin llega a Barbès-Rochechouart, la parada donde tiene que bajarse. Charlotte agarra su bolso, empuja al hombre que tiene delante y echa a andar sin disculparse. En la calle se le hace un nudo en la garganta mientras se le desboca el corazón. Empieza a sudar, aunque hace frío. Camina deprisa para llegar cuanto antes y atajar la angustia. Tiempo atrás, en una situación así, hubiera sido más sencillo: Charlotte no se habría planteado nada, simplemente se habría tomado unos ansiolíticos. Pero no lo va a hacer, se prometió dejar de medicarse. Seguro que la psicóloga que la trató después del colapso nervioso le habría preguntado: «¿Qué te sugiere esta frase?». Por mucho que se esfuerce, Charlotte no encuentra la respuesta. Le cuesta respirar, trata de recuperar el aliento. En vano. Recorre el boulevard de Rochechouart y enfila la rue de Clignancourt. Las aceras están desiertas. El Café du Commerce también. En la rue Pie-